

puédesse creer que otros le darían golpes y puñadas en el cuerpo, y otros le darían repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos, lo que había padecido por los judíos en la de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro, porque le trataban como á Rey, aunque de farsa, y porque, como estaba tan desfigurado, no representaba ya aquella majestad, que ponía respeto y empacho de herirle al descubierto. En todo esto puedes ponderar la invencible paciencia y humildad de Jesús en sufrir tan graves é innumerables injurias, ofreciéndolas con admirable amor por la salvación del mundo; y además, cuán cansado y afligido quedaría su Majestad de tales juegos y tormentos; cuán desflaquecida la cabeza por la mucha sangre que vertía con las espinas; cuán afeado su rostro con las manchas de sangre y con la muchedumbre de las salivas, y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas; y aunque no hubo quien se compadeciera de Él, su espíritu estuvo incansable y aparejado para los nuevos tormentos que le esperaban. ¡Oh Salvador del mundo! ¡Cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidos vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por manos de judíos y gentiles, para que, padeciendo de todos, pague por todos. ¡Oh! ¡Si supiésemos imitar tan extremada caridad! ¿Conocemos las injurias que Jesús recibe de los gentiles? ¿Se las hemos causado nosotros con los pecados? ¿No nos admira la excesiva paciencia y amor de este Señor adorable?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh! ¡Adónde llega la malicia del hombre contra su Dios y la caridad de Dios para con el hombre! Prosiguiendo los infames soldados el pesadísimo y afrentoso juego que hacían á costa de Jesús, teniéndole coronado con corona de espinas, ponen en su mano una caña figurando un cetro real, queriendo indicar maliciosamente que su reino era hueco, vacío, movedizo como caña. ¡Oh insensatez de los hombres! Ellos, que son caña frágil, toman para sí cetros de oro macizo, como si su imperio y poder fuese estable, rico y brillante, y ponen en la mano de Dios un cetro de caña, suponiendo que su reino es una mentira y necedad. ¿Hemos pensado nosotros de este modo? No está con esto satisfecha la saña de los soldados. Hincan una rodilla delante de Cristo, le adoran por escarnio, saludándole como á rey de los judíos; y para que no se ignore que todo lo hacen por burla, al tiempo de hincarse toman la caña y le hieren en la cabeza, meneando é introduciendo con nuevo dolor las espinas; escúpenle en el rostro, y danle crueles bofetadas, y si no le vendan los ojos es porque le tratan como á Rey. Y á todo esto, Jesús calla, está como un diamante, y ni en su exterior ni en su interior da ninguna muestra de impaciencia y cansancio. ¿Es posible, en vista de esto, que no amemos los desprecios, que

no nos compadecemos de Jesús, que nos atrevamos todavía á ofenderle, ayudando en cierto modo á los infames soldados? ¡Oh Redentor amoroso! Inspiradnos lo que debemos hacer para reparar las espantosas injurias que recibís. Y nosotros, propongamos evitar las culpas, practicar las virtudes y servir con fervor á este afligido Señor: supliquémosle los auxilios que necesitamos, rogándole al propio tiempo por la conversión de los herejes é infieles, y por todo el mundo.

#### 46. — JESÚS PRESENTADO AL PUEBLO POR PILATOS.

PRELUDIO 1.º Viendo Pilatos á Jesús tan desfigurado, pensando que su vista aplacaría á los judíos, se lo presentó, diciendo: «*Ecce homo*».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús vestido de la púrpura, la corona en la cabeza y la caña en la mano, presentándose al pueblo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de compadecerte de Jesús é imitarle.

**Punto 1.º** *Pilatos presenta á Jesús al pueblo, diciendo: Ecce homo*.—Viendo Pilatos á Jesús tan maltratado por los azotes y demás tormentos, parecióle que con sólo mostrarle al pueblo aplacaría su furor; y así mandó llevarle á un lugar alto, donde pudiese ser visto de todos, y adelantándose un poco, dijo: «He aquí al hombre». Pondera primeramente la vergüenza que padecería el Señor, viéndose delante de tanta gente en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. Esto sufrió el Señor para librarte de la confusión que hubieras sufrido si, cubierto con tus pecados, te hubieses presentado delante de Dios y sus ángeles. Mas, pondera bien el significado de esta palabra: *Ecce homo*, en cuanto fué dicha por Pilatos á los judíos, para moverles á compasión, la cual quiere decir: Mirad á este hombre, que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y vereisle tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre, aunque de verdad lo es, como vosotros; y pues es hombre, y de vuestra misma naturaleza, compadeceos de Él y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Esto quiso decir Pilatos; mas tú, parando la atención en estas mismas palabras, con gran dolor de tu alma has de mirar todo lo exterior de Jesús, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio, y coronado con corona de desprecios. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»; y el que era el más hermoso de los hijos de los hombres, es el más feo de todos, y en Él no hay cosa que

1 Juan, xix, 4. — 2 Psalm. xxi, 7. — 3 Psalm. xlii, 3.

pueda ser vista. ¡Oh Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero! Harta humillación fué bajaros á tomar forma de hombre; pues, ¿por qué os humilláis tanto en esa forma que vengáis á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? Así debía ser pagada la soberbia, por la que quería hacerse el hombre como Dios, usurpándole sus dominios, poder y sabiduría. Oh! ¡Si á lo menos ahora los hombres imitasen vuestra humildad! ¿Cómo lo hacemos nosotros? ¿En qué cosas nos ensoberbecemos? ¿Meditamos los dolores y afrentas de Jesús?

**Punto 2.º** *El Espíritu Santo y el Padre Eterno nos dicen también: «Ecce homo».*— Considera aquí las palabras *Ecce homo*, en cuanto fueron dichas por el Espíritu Santo, por boca de Pilatos. Pondera su significado: *Ecce homo*: Mirad á este hombre, que, aunque parece sólo hombre é inferior á los demás hombres, es más que hombre, porque es Hijo de Dios vivo, Mesías prometido en la ley, Cabeza de los hombres y de los ángeles, Redentor del linaje humano y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fué tan grande, que tomó esta figura tan dolorosa por sólo amor á los hombres, para pagar las deudas de sus pecados y librarlos de las penas eternas que merecían por ellos; por lo cual merece que todos le den millones de gracias, y le confiesen por Dios y hombre verdadero. Con esto has de despertar la fe, y, considerando con la luz que ella te comunica, la diferencia que va de Dios á hombre, has de avivar los afectos de admiración, agradecimiento, alabanza y deseos de servir á Jesús. Medita luego estas mismas palabras como dichas por el Padre Eterno, las cuales significan: Mirad á este hombre que Yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfección y santidad, y para dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores, su humildad entre tantos desprecios, su paciencia, obediencia; mirad sus virtudes exteriores, sus palabras, sus obras, y estampad en vuestras almas una viva imagen de Él. ¡Oh Padre soberano! ¿Es por ventura este hombre aquél de quien dijisteis en el bautismo y transfiguración, «este es mi Hijo muy amado, en quien me agrado, á Él oid»? Si este es el mismo que entonces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? ¿Dónde Moisés y Elías que atestigüen su divinidad? ¡Oh cuán cambiado está todo cuanto le rodea! Sólo hallo en Él sus admirables virtudes, que con mayor esplendor brillan en su angustiosa situación. ¡Quién tuviera la dicha de imitarlas! ¿Qué debemos hacer para esto? ¿Tenemos viva fe de la grandeza de Jesús en medio de sus extremas bajezas? ¿Le miramos como á nuestro maestro y procuramos aprender sus lecciones?

**Punto 3.º** *Los judíos, al ver á Jesús, piden su muerte.*— Oyendo los judíos las palabras de Pilatos, y viendo á Jesús en tan triste y desconsolador estado, lejos de aplacar su furiosa ra-

bia, avivaron su odio contra el Señor, y comenzaron á gritar á una voz y con fuerza: «Crucifícale, crucifícale». Considera bien la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales, no sólo no se compadecieron de Jesús, tan llagado y afligido, sino que con increíble odio, con la vista de sus trabajos creció la sed de añadir otros mayores, diciendo: Crucifícale, crucifícale; como quien dice: Buen principio has dado en azotarle; acaba lo que has comenzado, crucificándole, pues los azotes preceden á la crucifixión. De parte de Jesús, pondera el sentimiento grande que le causarían estos clamores, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con más crueldad que los gentiles, pues éstos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos. Acordaríase de los bienes que había hecho á esta nación, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecían. Finalmente: tú, abominando de la ingratitud, crueldad y barbarie de estos judíos, entregiriéndote entre ellos y mirando con toda atención á Jesucristo en tan lastimoso estado, en vez de pedir al presidente su muerte, pide al Padre eterno misericordia. ¡Oh Padre eterno! Mirad á vuestro Hijo, llagado y desfigurado por mis pecados. Vos queréis que yo le mire para compadecerme de Él; yo os suplico que le miréis para compadeceros de mí. ¡Oh Dios, protector nuestro! Mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo, porque no es posible desamparéis á los que Él tiene escondidos en lo secreto de su rostro afligido con tal figura. Si los ingratos judíos piden su muerte para saciar su rabia, yo os pido que por ella me deis la verdadera vida. ¡Oh alma mía! ¿No te horroriza la crueldad insaciable de los judíos? ¿No te admira la admirable paciencia de Jesús?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán lastimoso sería el estado del divino Salvador, cuando Pilatos creyó que sola su vista bastaría para aplacar la ira de los judíos! Cubierto de llagas dolorosas de pies á cabeza y envuelto en la clámide, con la corona de espinas en la cabeza y la caña en la mano, le presenta á los judíos, diciéndoles: *Ecce homo*. Mirad á este pobre hombre; mirad cuál ha quedado, que no hay que temer de Él quiera hacerse Rey. ¡Qué vergüenza pasaría Jesucristo, viéndose en tan apurado y afrentoso lance, al oír que el mismo presidente que le había mandado azotar, compadecido de Él, con voz lastimosa pretendía mover á los judíos á compasión, descubriéndoles la carnicería que en Él habían hecho! Mas estas palabras: *Ecce homo*, dícelas también el Espíritu Santo para darnos á conocer la gravedad del pecado por el cual Dios padece, la bondad del Señor que á tal martirio se ofrece, y la ingratitud de los hombres que tal bondad desconocen. Dícelas también el Padre eterno, y con ellas nos

recuerda las virtudes admirables que en Jesús, nuestro Maestro, debemos imitar. Y nosotros, oyendo con horror la contestación que á ellas dan los judíos, hemos de ponerlas en nuestros labios, y dirigiéndonos al Padre eterno, debemos rogarle por los méritos de su Hijo hecho hombre y el oprobio de los hombres, se digne tener misericordia de todos ellos, infundiéndoles vivo dolor de sus pecados y firmes resoluciones de jamás caer en ellos. ¿Abri-gamos nosotros estos sentimientos? ¿Consideramos, conforme nos encarga el Padre celestial, las virtudes de Jesús? ¡Oh dolor! Sabemos pensar con exceso en las persecuciones que nosotros sufrimos y en las calumnias con que se nos persigue, y apenas sabemos acordarnos y pensar un instante en las penas de Jesús. ¿Qué haremos en lo sucesivo? Pensémoslo, propongamos, pidamos.

#### 47.—CONTIENDA ENTRE LOS JUDÍOS Y PILATOS ACERCA DE LA MUERTE de Jesús.

PRELUDIO 1.º Queriendo Pilatos librar á Cristo, insisten los judíos en pedir su muerte, y dicen que no quieren á otro rey que al César.

PRELUDIO 2.º Representate á los judíos alborotados, conteniendo con Pilatos, y á Jesús callando.

PRELUDIO 3.º Píde á Dios que te libre de la obstinación y de los respetos humanos.

**Punto 1.º** *Dicen los judíos que Jesús, según su ley, ha de morir.*—Al ver Pilatos la protervia de los judíos, cuya rabia no quedaba satisfecha ni aun con el escarmiento horroroso que se había hecho en Jesús, enfadado de tan extraño é inhumano proceder, les dijo: «Tomad vosotros á este hombre, y sacrificadle, porque yo no hallo en Él causa bastante para esto». Ellos respondieron: «Nosotros tenemos ley, y según nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios». En cuyas palabras acusaron á Cristo nuestro Señor de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopción, sino por naturaleza; y así que, según la ley, debía ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que tenía por blasfemia la misma verdad de Dios, aprobada por su Escritura, que decía que el Mesías era el Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros, como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y, por consiguiente, dignísimos del castigo de la ley; pero, la verdadera blasfemia es aplaudida y la falsa castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse á ser castigado como blasfemo, para merecer el perdón de las verdaderas blasfemias. Pondera también aquí cuán propio es de los malos é imperfectos preciarse de la ley y no cumplirla, si no es conforme á lo que su gusto y honra exigen. Y para esto se apro-

vechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretensión; más tú, abominando esta perversa y odiosa costumbre, has de procurar preciarte de la ley y del entero cumplimiento de ella, porque de otro modo la ley sería tu condenación, manifestando tu desobediencia. ¡Oh Rey mío y Legislador soberano! Verdad es muy grande que, según la ley que Vos disteis, habéis de morir; mas no porque os habéis hecho Hijo de Dios, sino porque, siendo Hijo de Dios, os habéis hecho hombre, y con vuestra muerte habéis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Esta ley tenéis escrita en medio de vuestro corazón, y no cesáis de suspirar porque se cumpla perfectamente. ¡Oh, si nosotros deseásemos como Vos cumplir la ley! ¿Qué pensamos de las blasfemias de los judíos? ¿Hablamos mucho de la ley? ¿La observamos con fidelidad, exactitud y en todos sus preceptos?

**Punto 2.º** *Pilatos presenta nuevamente á Jesús, diciendo: «Mirad á vuestro Rey».*—Habiéndose entrado un momento Pilatos á hablar con Jesús en el pretorio, deseando más librarle de la muerte á causa de la última acusación de los judíos, los pontífices le apretaban con amenazas, diciendo: «Si sueltas á éste, no eres amigo del César», como quien dice: «Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo». Por lo cual, amedrentado Pilatos, sacó otra vez á Jesús, y dijo: «Mirad á vuestro Rey». Pondera bien estas últimas palabras, en cuanto fueron dichas por Pilatos como de su propio espíritu, las cuales dijo por escarnio, y venían á significar: «Ved aquí á este miserable, de quien decís que se hace Rey vuestro; miradle que ni es rey, ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa y de representación, como lo declara esta corona, cetro y púrpura que trae; compadeceos de Él, y no creáis que pueda contradecir al César en hacerse rey». ¡Cuán abatido está Jesús entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillación la soberbia y ambición con que ellos desean reinar! Mas considera estas palabras de Pilatos, como dichas por el Espíritu Santo por boca de este mal juez, en las cuales avisa á los judíos de lo que tienen presente y tanto habían deseado: Veis aquí al Rey que habéis estado esperando tanto tiempo; al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio; ved si le admitís; de otra suerte caeréis en manos de vuestros enemigos. Y esto mismo te está diciendo á ti y á todos los fieles: Mira á tu Rey, santo y sabio, manso y humilde. Mira si le quieres por Rey y si deseas ser su vasallo, y vestirte de su librea y andar siempre en su compañía, pues para ti vino. ¡Oh dulcísimo Jesús! De muy buena gana os recibo y adoro por mi Rey; y cuanto os miro más abatido, tanto de mí sois más estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su rey. Y tú, ¿oyes en tu interior las palabras del Espíritu San-

to? ¿Quieres ser vasallo de Jesús? ¿Quieres vestirte de su librea y sujetarte á su imperio?

**Punto 3.º** *Los judíos dicen que no quieren á otro rey que á César.*—Oyendo los pontífices las palabras de Pilatos, y viendo que nuevamente les presentaba á Jesús, respondieron alborotados: «Quitale, quitale, crucifícale». Dijo Pilatos: «¿Á vuestro Rey he de crucificar?» Respondieron ellos: «No tenemos otro rey sino á César». Considera aquí, primeramente, la rabia increíble de esta gente, los cuales ni aun ver á Cristo querían, y por eso dijeron: «Quitale de ahí», que fué decir: No le vean más nuestros ojos; crucifícale, para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere el libro de la Sabiduría: «Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros y contrario á nuestras obras. Danos en rostro con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Pesado es para nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la nuestra, y sus caminos muy diferentes». Pondera luego la maldad y ceguedad de esta misma gente en dejar al Rey verdadero, que Dios les había dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba la hacienda y la libertad que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecían, ahora le reciben por odio á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios que perdiesen á su verdadero Rey Mesías, y que el rey terreno que escogieron se volviera contra ellos, y los asolase y destruyese. Vuelve ahora sobre ti tus ojos, y confúndete de ver cuántas veces has dejado al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra, viviendo como si no tuvieses otro que el César; con lo cual haces grande injuria á Dios, á semejanza del pueblo hebreo. ¡Oh Rey soberano! De todo corazón me pesa por las veces que os he dejado y ofendido. Cuando era del mundo, decía con los mundanos: No tengo otro rey que á César; pero de hoy más, Señor, digo, cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. ¡Oh, si todos los hombres tuviesen este lenguaje, reconociendo en Jesús á su soberano y verdadero Rey! ¿Reina Jesús en nosotros? ¿Hemos consentido que nos dominasen sus enemigos? ¿Hemos pretendido apartarle de nuestra presencia, esforzándonos en alejarle de nuestra mente?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh atrevimiento diabólico de los hombres! Á tal extremo llega, que acusan y condenan al mismo Dios por blasfemo, fundándose en la ley santísima que Él mismo había dictado. Aparentan mucho celo por el cumplimiento de la ley, y ellos, con el mayor descaro, obstinación y malicia, la quebrantan. Jesús, que con milagros patentes y visibles, con virtudes heroicas, con el cumplimiento de las profecías había probado hasta la evidencia que era el Mesías Hijo de Dios, es acusa-

<sup>1</sup> Sap., II, 12.

do y se pide su muerte por haber dicho que lo era. Mas, ¿qué hará Pilatos? Convencido como está de la inocencia de Jesús, ¿decidirá por fin darle libertad? A esto le induce su conciencia; pero le han dicho una palabra que le hace vacilar: Si sueltas á Cristo, no eres amigo del César; y por no perder la amistad del César, consentirá en pisar los fueros de la justicia. Verdad es que probará algunos medios para librar á Cristo: Unas veces se valdrá del ridículo, presentando á Jesús y diciendo: Mirad al Rey que teméis; otras con reprensiones, diciendo: ¿Queréis que mate á vuestro Rey? Mas al fin cederá á la presión y amenazas de los judíos. ¡Oh debilidad criminal de este mal juez! ¡Oh malicia inaudita del pueblo judío! Desecha á Jesús, su Rey, y en su lugar escoge un tirano, que dentro de poco tiempo le destruirá. Así paga el demonio á quien le sirve. ¿Qué haremos, pues, nosotros? ¿Hemos imitado alguna vez á los judíos, desechando á Jesús y entregándonos á su enemigo? ¿Le miraremos desde hoy y le honraremos como á nuestro Rey? ¿Qué pruebas hemos de dar á fin de testificar que Jesús es nuestro Rey? Hasta ahora en nosotros ha reinado tal vez la pasión, el genio, los sentidos; procuremos que de hoy más reine Jesús, y para esto hagamos eficaces propósitos, fervientes coloquios, confiadas súplicas por nosotros y por todo el mundo.

#### 48.—SENTENCIA DE MUERTE CONTRA JESÚS.

PRELUDIO 1.º Antes que Pilatos dictase la sentencia, su mujer le mandó un recado encargándole que no lo hiciese; lavóse las manos, y la firmó.

PRELUDIO 2.º Representate á Pilatos sentado en su tribunal, firmando la sentencia de muerte contra Jesús que está presente.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no sentenciar á muerte á Jesús, pecando.

**Punto 1.º** *La mujer de Pilatos le manda un recado, encargándole que nada haga á Cristo.*—Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal para sentenciar la causa de Cristo, envióle su mujer un recado que decía: «No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy en visiones por Él». Aquí has de considerar cómo estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio y del buen ángel; y de ambos modos puedes tú sacar provecho. Pondera primero cómo el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías Hijo de Dios, y el que había de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiría al marido lo

<sup>1</sup> Math., xxvii, 19.